AÑO VII. 15 DE NOVIEMBRE DE 1875. NUM. 14.

EL ESPIRITISMO.

REVISTA QUINCENAL.

Se publica en Sevilla el 1.º y 15 de cada mes.

Á NUESTROS LECTORES.

Al reanudar hoy nuestras tareas, que nos vimos obligados á interrumpir por causas agenas á nuestra voluntad, como consta á nuestros abonados, séanos permitido dar desde las humildes columnas de EL ESPIRITISMO las más espresivas gracias á los periódicos de esta localidad como asimismo á los de Madrid y provincias, que se han ocupado de la suspension que hemos sufrido, por la benevolencia con que nos han tratado todos á pesar de nuestra escasa importancia. Á la vez faltaríamos á un deber de conciencia si nó hiciésemos público el testimonio de nuestra gratitud hácia nuestros suscritores que, en su gran mayoría, no han vacilado un momento en acudir á nosotros ofreciendo todo su apoyo moral y material á nuestra publicacion, y oportunamente daremos cuenta, no solo de las ofertas que se nos han hecho, sino tambien de los nuevos elementos que hemos reunido para que EL ESPIRITISMO pueda sostenerse á la altura que corresponde á una Revista de su clase.

Cuando una idéa, cuenta como defensores campeones que, si bien humildes y oscuros, sienten arder en sus corazones la sagrada llama de la fé; que llevan la vista fija en el horizonte del porvenir donde se empiezan á dibujar los primeros albores del crepúsculo que anuncia la salida del sol del progreso, y

que tienen la suficiente abnegacion para desafiar los sarcasmos de los unos y las iras de los otros, su triunfo no puede ser dudoso, y en un período de tiempo más ó ménos largo acaba por hacerse la señora del mundo. Inútil es que se levanten contra ella persecuciones, destierros y cadalsos. ¡Cada lágrima que arranca un tormento moral ó material sufrido por la defensa de una idéa justa y santa, es una perla que se engarza en la corona del mártir. Cada queja que exhala un perseguido, es un emisario que lleva en álas del viento la energía y la resolucion á sus hermanos tímidos: cada calabozo es un foco de luz que irradia sus rayos hasta los lugares más apartados. Las ideas se combaten con ideas. El exámen de las cuestiones, en pleno dia, sean de la clase que quiera, le dan las formas y dimensiones que les son propias; pero si las circunstancias obligan á examinarlas en el silencio y oscuridad de la noche, el menor ruido infunde espanto y los objetos más inocentes aparecen como fantasmas aterradores que hacen estremecer al ánimo más esforzado.

Escuela filosófica naciente el Espiritismo, sin otro móvil que armonizar lo que no puede menos de ser armónico, la religion y la ciencia, ni puede sublevar las conciencias ni mucho menos escitar los recelos ni la suspicacia de los poderosos. Nosotros marchamos por nuestro camino sin provocar á nadie, sin lastimar intereses de ninguna especie; pero desplegada nuestra bandera aceptamos la lucha en el terreno que, los que en todo ven peligros, porque llevan la falta en su conciencia, nos la presentan. Allí, en pleno dia, sin más armas que las de la razon, ó las que vamos á buscar de sus mismos arsenales, y que yacen enmohecidas por el abandono en que las han dejado, lidiamos con fé y permaneceremos lidiando mientras no nos falte el auxilio de Dios, único que deseamos é invocamos. Si somos locos, dejadnos con nuestras locuras, no nos hagais caso ó tratar de curarnos de nuestra dolencia por los medios racionales y persuasivos que la moderna ciencia prescribe, y no querais hacer uso del látigo y la camisa de fuerza que solo han conseguido exacerbar y hacer imposible la curacion de los enagenados. Si por el contrario creeis que defendemos una doctrina absurda anti-religiosa, anti-social ó anti-patriótica demostrádnoslo, que nosotros ofrecemos, si llegais á hacerlo, rom-

per nuestra pluma, confesar públicamente nuestros errores y retirarnos para siempre á llorar nuestros extravíos.

El Espiritismo tiene su credo y de él no ha hecho ni hace un misterio. Todos los periódicos que le defienden lo han publicado. En sus columnas, abiertas á amigos y adversarios, se consignan diariamente sus ideas. Sus centros de reunion abren sus puertas á cuantos quieren visitarlos. En ellos se discute con los que desean discutir, se facilitan datos á los que los piden; en una palabra, se lucha como conviene á las ideas y progresos del siglo en que vivimos. Á nadie se excomulga, á nadie se amordaza, á nadie se diviniza más que á Dios; en nadie se abdica de la razon más que en Él, del cuál la hemos recibido. Se respetan todas las opiniones, y se las aquilata por medio de la discusion aceptando de ellas lo aceptable, rechazando lo que es contrario á la conciencia, á la moral ó á la sociedad humana. Hubo una época, en que el Espiritismo fué perseguido con saña. Sus libros eran quemados públicamente y sus adeptos sufrian toda clase de atropellos y vejaciones; y ¿qué resultado se obtuvo? Sus reuniones no podian verificarse en Roma, pero tenian lugar en las Catacumbás. De las cenizas de cada libro que se quemó, nacieron ciento que hoy enriquecen la biblioteca del Espiritista; y cuando fué posible presentarse públicamente á los adeptos, su número espantó á sus perseguidores. Las ideas como las aguas, corriendo mansas y serenas por los lechos que la naturaleza les prepara, encauzadas por la inteligencia del hombre en límites convenientes, fertilizan y hacen productivos los lugares por donde pasan; pero si imprudentemente se las quiere encerrar en absoluto en diques artificiales, llega un dia en que estos ceden á su impulso y se transforman en torrentes asoladores, que llevan en si el gérmen de la destruccion y de la ruina.

PROCESO DE BUGUET Y LEYMARIE.

Al anunciarse en la *Revue Spirite* de París la existencia de un médium fotógrafo, cuyas facultades tanto se encomiaban por lo extraordinarias, dimos cuenta de ello á nuestros lectores, trasladan-

do á nuestras columnas los dos primeros artículos que sobre el particular dió á luz aquella Revista. Pronto procuramos averiguar lo que hubiese de cierto en el asunto, y los resultados prácticos que obtuvimos nada favorable atestiguaban. La cuestion, bajo el punto de vista experimental, quedaba para nosotros pendiente de demostracion, y, lo que era más sensible, había de permanecer así por mucho tiempo, toda vez que no concurría en nosotros la primera condicion, pero indispensable, para poder seguir nuestras averiguaciones; la de poseer una aunque pobre fortuna, que nos permitiera provocar una y otra y cuántas experiencias fueran necesarias á confirmar ó poder negar en absoluto cuánto se había hablado sobre el fotógrafo Buguet, y por éste mismo se afirmaba. Mas si á esto nos veíamos obligados bajo ese punto de vista, en lo referente al estudio teórico era ya otra nuestra situacion; y auxiliados por la ciencia, á favor de cuya luz procuramos siempre dirigir nuestros pasos, pudimos exponer razones, que están por rebatir, en virtud de las cuales el hecho de la fotografía espiritista, que como tal se anunciaba, era imposible, á menos de que á su realizacion concurrieran circunstancias de las que para nada se hacía mérito, como son entre otras las de materializacion espiritual, en cuyo caso la *fotografía* podia tener lugar. En varias cartas, de las que nuestros habituales lectores conservarán recuerdo, publicadas en nuestra coleccion del año próximo anterior, hicimos constar cuánto sobre el asunto pensamos y áun preveíamos: y nunca con mayor disgusto hemos tenido ocasion de ver confirmadas opiniones y presentimientos, que, si en nada, es cierto, podian afectar á la causa del Espiritismo, en mucho podian, aunque sólo por el momento, interin los hechos se aclaraban, perjudicar á la reputacion que gozan los sinceros adeptos y propagadores de la moderna idéa. El esclarecimiento de los hechos ha venido á confirmar nuestro parecer, ha venido á hacer patente la infamia que se trataba de velar bajo el nombre de una doctrina santa. Lo que nosotros no pudimos con buenas razones, á cambio de las cuales recibimos insultos; lo que no alcanzamos con insinuaciones bastante claras, que eran una formal acusacion de sospecha al par que una llamada al orden inspirada en el espíritu y forma de nuestra doctrina, lo han podido, lo han alcanzado los tribunales de justicia.

La estafa ha sido descubierta.

Quién ó quiénes estaban al logro de ella?.... No es este el momento en que debemos ocuparnos de este estremo. Antes conviene que trascribamos para conocimiento de nuestros lectores cuánto de las actuaciones seguidas al efecto hemos tenido ocasion de adquirir. Después, ya entraremos en el exámen de esto mismo, y procuraremos con la franqueza que nos distingue emitir nuestro parecer, procurando ante todo la defensa de nuestra doctrina que, como de paso, no ha dejado de intentarse atacarla.

Vean ahora nuestros lectores lo que traducimos del *Journal des Debats* correspondiente al sábado 18 de Junio último, y de un volúmen que en defensa de su marido ha publicado en Paris la señora Leymarie:

BOLETIN JUDICIAL.

TRIBUNAL DE CORRECCION DE PARIS. (SALA 7.ª)

PRESIDENCIA DE M. MILLET.

Audiencia del 16 *de Junio de* 1875.

El Espiritismo.—Las fotografías espiritistas.—Estafas.

Una numerosa concurrencia se agolpaba á las entradas de la cámara, cuyo limitado espacio no podia seguramente contener la décima parte de aquellos que hubieran querido penetrar en ella.

Los acusados son los señores:

Buguet, de edad de 30 años, fotógrafo;

Leymarie, de 40, escritor;

Firman, súbdito americano.

M. Dubois, sustituto del Sr. Procurador de la República, ocupa su puesto.

Los señores Craquelin Lachaud y Carraby toman asiento en el banco de la defensa.

He aquí la exposicion de los hechos segun la requisitoria del señor Procurador de la República.

De algunos años á esta parte, hábiles estafadores explotan en América la credulidad pública, y particularmente la de los numerosos adeptos del espiritismo, anunciando al efecto que, en calidad de

médiums, tienen la facultad de obtener, con ayuda de evocaciones dirijidas á los espíritus, la imágen de una persona muerta, de la cual jamás se hubiese sacado retrato, haciéndola aparecer sobre el mismo cliché que la del que se colocara delante del objetivo evocando en el acto con el pensamiento al difunto. Empero una plancha de cristal bañada en colodion no pudiendo recibir otra imágen que la de objetos materiales expuestos á la luz, evidencia, para todo hombre pensador y de sangre fria, que no puede obtener reproducciones fotográficas por medios de un órden puramente intelectual, con ó sin prácticas espiritistas ó magnéticas. El resultado que se anuncia es, en efecto, preparado con ayuda de procedimientos materiales, á los que préviamente es sometido el cliché, fuera de la presencia y con ignorancia del cliente que ha pedido la aparicion.

La *Revue Spirite* (periódico de estudíos psicológicos), fundada en Paris por Allan-Kardec, y continuada su publicacion, despues del fallecimiento de este, á nombre de una Sociedad anónima por Leymarie, uno de los acusados, despues de haber hecho frecuentemente alusion á las fotografías espiritistas obtenidas en América, anunció, á fines de 1873, que un fotógrafo llamado Buguet, establecido en Paris, *boulevard Montmartre*, 5, y dotado de las facultades de médium, habia llegado por la intervencion sobrenatural de los espíritus, á un resultado semejante.

Desde ese momento, cada número de la *Revue Spirite*, que aparecia mensualmente, contenia una prueba llamada espiritista obtenida por Buguet, y acompañada bien de un artículo de reclamo, bien de una carta de agradecimiento dirijida por un cliente, que afirmaba, en un lenguaje más ó menos entusiasta haber reconocido junto á su propia imágen, la figura de un pariente ó de un amigo muerto.

Buguet percibia 20 francos por la prueba y tirada de seis ejemplares (en tarjeta) de una fotografía espiritista; declaraba que no podia responder de la semejanza de la persona evocada, pero que el precio debia abonarse fuera ó nó reconocida la imágen de esta.

Los clientes que se presentaban en el taller de este acusado, eran desde luego recibidos generalmente por la cajera, hija de Ménessier, la cual les planteaba diversas cuestiones relativas á la edad y fisonomía de la persona muerta que ellos deseaban ver aparecer.

Buguet se presentaba á seguida aparentando cierto aire de inspìrado, y, haciendo subir al cliente á la azotea, donde debia retratarse, le recomendaba se pusiese por el pensamiento en comunicacion con el espíritu cuya imágen deseaba. Tomando de manos de un ayudante la plancha sensibilizada, colocada en un chasis segun costumbre, la ponia en el objetivo que preparaba al punto; despues, ínterin el cliente se hallabaa colocado, iba á apoyar su cabeza en la pared, agitando los brazos y afectando entregarse á una evocacion. Terminada la prueba, el ayudante se llevaba el cliché para someterlo á las manipulaciones acostumbradas, trayéndolo de nuevo á los pocos momentos. Buguet la presentaba al cliente, quien distinguía con más ó ménos claridad por detrás de su propia imágen ó á uno de los lados, la de una forma vaga é indecisa, teniendo la apariencia de un espectro envuelto en un sudario, del cual sólo la cabeza quedaba libre, de una manera más ó menos confusa. Antes de retirarse, el cliente satisfacia el precio estipulado, y recibia sus pruebas al cabo de algunos dias.

Para representar la comedia hasta lo último, el fotógrafo se quejaba de agudos dolores de cabeza, ocasionados por las numerosas evocaciones á que tenia precision de entregarse. Haciase dar por un pretendido *médium* curativo, la viuda de Plombe, pases magnéticos que tenian por objeto despojarle de los malos flúidos, de cuyo influjo se lamentaba, y referia despues que sentia alivio por consecuencia de este tratamiento.

Con el fin de acrecentar los productos de estas prácticas fraudulentas, imaginó Buguet no exigir la presencia de la persona que desease evocar alguno de sus parientes: hizo conocer que bastaba á sus clientes de provincias enviarle por el correo la tarjeta fotográfica del que solicitara: estos retratos los colocaba ante el objetivo al evocar el espíritu, cuya imágen aparecia en la nueva prueba, cerca de la reproduccion de aquellos. Envió, en efecto, á numerosos corresponsales á cambio de sumas percibidas sobre la base de 20 francos por seis ejemplares, fotografías representando sus retratos tarjetas acompañados de una silueta de apariencia espectral. Para sostener la confianza en un poder puramente intelectual y sobre natural, excluyendo toda idéa de artificios materiales, habia tenido cuidado de hacerles conocer anticipadamente el dia y la hora de la pretendida evocacion, á la cual debia dedi-

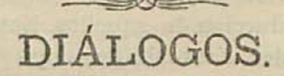
carse como médium, á fin de permitirles, decia, unir de léjos sus súplicas á las de él en el oportuno momento.

Al recibir las pruebas, varios clientes se imaginaron reconocer algun difunto, al que les unieran lazos más ó ménos estrechos, sea que, por un acaso bastante extraordinario, existiesen varios rasgos de semejanza entre la faz de aquel y la imágen material de que Buguet se sirviera préviamente para que apareciese grabada aquella figura sobre su cliché, por medio de un procedimiento que será expuesto en breve; sea que la alucinacion producida en cierto modo por el fanatismo de su fé espiritista—y esto es lo más seguro—les hizo entrever, á favor de los rasgos y mal acentuados contornos de la imágen que decían evocada, formas que no existian sino en la perturbada imaginacion de aquellos. La mayor parte declararon que ninguna semejanza existia entre los detalles de la persona cuyo recuerdo habian evocado, y la imágen aparecida junto á sus propios retratos.

Sin embargo, Buguet, habiendo tenido el cuidado de declarar que no garantizaba la semejanza, bien que, segun sus afirmaciones, ella tuviese lugar sesenta ó setenta veces por ciento; y de hacer conocer, tanto por sus cartas como por sus anuncios, fijados á las inmediaciones de su taller, que la suma de 20 francos, pagada anticipadamente, era siempre obligada, la utilidad de la operacion quedaba cobrada definitivamente.

Una sola vez, de resultas de una reclamacion de la hija de Heck, camarera en Lyon, que se quejó de haber recibido una prueba que de modo ninguno le recordaba los rasgos de su difunto padre, Buguet le devolvió los 20 francos acompañando esta restitucion de una injuriosa carta, en la cual osadamente la amenazaba con quejarse ante los tribunales.

(Se continuará.)



DIÁLOGOS.

(Continuacion.) (1)

XI.

Prosigo mi relato.

El resto de aquel dia fué dedicado al arreglo y al descanso.

(1) Véase el número correspondiente al 15 de Julio.

Despues de la comida, y mientras X rendia al dios Morfeo su indispensable tributo, cogí una escopeta y despidiéndome de María y de su prima, bajo pretexto de no interrumpir con mi presencia sus domésticas tareas, salí por aquellos vericuetos, no con intencion de cazar sino con la de discurrir y concertar mi plan de ataque.

Me encontraba resuelto á no desperdiciar tan favorable ocasion, y sobre todo anhelaba conocer los sentimientos que animaban á María respecto á una pasion comprimida hacia bastante tiempo en mi pecho por temores infundados.

La tarde era nublada y fresca.

Recorrí todo el vallecito alfombrado de verdor, y fuí á sentarme en la falda de un cerro desde donde se divisaba perfectamente la casa de mi amada.

Allí, solo con mis pensamientos, concebí vários planes; pero ninguno me aseguraba el resultado.

Necesitaba hablar sin testigos á María y en esto estrivaba toda la dificultad.

Ella no se separaba del lado de su padre, á quien amaba con delirio, y la delicada salud de éste le privaba por entónces salir de la casa.

Esperar su alivio era lo más prudente, y aprovechar una de las veces que fuera á pasear pretextando una indisposicion para evitarme acompañarle.

Pero entónces quizás se negára á salir, por no dejarme solo; sus atenciones conmigo eran siempre solicitas, ápesar de ser francas.

Lo cierto era que no encontraba médio hábil de realizar mi objeto, y esto me desesperaba.

Tres dias trascurrieron buscando una ocasion en que hablar á solas á María, y nunca faltaron inoportunos testigos que lo evitaran.

Era el cuarto de nuestra estancia en la quinta: acabábamos de comer, y haciamos la sobremesa al convaleciente.

Éste, más animado que de costumbre, y conociendo sin duda que la monotonía de aquella vida nos aburria á todos, dijo, dirigiéndose á su jóven sobrina y á mi:

—Queridos mios, bien veo que mi estado os priva de divertiros, y casi me arrepiento de haberos invitado á que nos acompa-

ñáseis. Del campo es propia la bulla y la alegria: yo, ya me encuentro mejor, y si bien aún no me es dable alternar con vosotros en ciertas distracciones, puedo acompañaros en otras.

Desde mañana haremos nueva vida, y V., querido amigo, es el encargado de disponer y redactar un programa que será respetado y cumplido extrictamente por el término de ocho dias.

La sobrinita y yo aseguramos nuestro contento y satisfaccion con la marcha seguida hasta entónces, aunque ninguno de los dos hablábamos, en verdad con el alma, y aplazamos unánimes el proyecto del enfermo, hasta su completo restablecimiento.

—De ninguna manera,—respondió X conociendo sin duda nuestra intencion—y continuó: mi proyecto es, si se quiere, cuestion de egoismo: yo necesito distraerme, y con el plan que se trace me prometo conseguirlo, contribuyendo no poco á la mayor rapidez de mi pesada convalecencia. Al espiritu que mora en un organismo enfermo, le es indispensable algun rato de espansion; la tristeza prolonga y áun agrava las enfermedades.

—En ese caso, exclamó María dirigiéndose á mi, yo le suplico á V. que cumpla cuanto ántes el encargo de mi querido enfermo.

—Asi lo haré, María, le repliqué: quiere decir que no figurará por ahora en mi programa la distraccion de la caza ni del paseo.

—Nada, nada de eso, amigo mio; objetó X interrumpiéndome; el paseo es una de las prescripciones higiénicas más recomendables é importantes; y si bien yo en algunos dias aún me veré imposibilitado de cumplirla, la salud de los demás, tan preciosa para mí como la propia, necesita, exige y ordena que figure en el programa, y en primer término, el paseo.

—Todo puede conciliarse, replicó el ama de gobierno, que muy querida de X y María y considerada como un miembro de la familia, no habia hasta entónces despegado sus lábios; durante el tiempo que se marque para pasear, yo me quedaré en casa cuidando del enfermo, y los paseantes pueden estar completamente tranquilos.

—Perfectamente pensado, respondió X, conque, prosiguió, manos á la obra y vida nueva desde mañana.

Yo ví el cielo abierto.

María y su prima pasearian al dia siguiente solas conmigo, y alguna distraccion de la segunda me proporcionaria la ocasion tan deseada.

Como era la hora de la siesta, y se habia seguido la costumbre de dormirla, todos nos levantamos de la mesa, y cada cual se fué á su habitacion á descansar.

Pero el sueño habia huido de mis ojos. La esperanza de hablar pronto á María, tal vez al dia siguiente, y la impaciencia natural del resultado de mi declaracion, me habian desvelado por completo.

Durante aquellas horas me ocupé en confeccionar el programa que se me habia confiado.

Al efecto, recordé las palabras de un amigo mio, jóven é inspirado poeta que vive entre las musas subjetivamente, aunque su vida de relacion es bastante prosáica, puesto que se reduce á la monotonía de una oficina administrativa de ferro-carriles, en donde el carbon de piedra juega el principal papel, quien en amistosa é íntima conversacion, escuchando mis amargas quejas sobre lo poco bueno con que la existencia humana brinda al hombre, me dijo lleno de gravedad y conviccion: «En la Tierra existen todavía tres elementos capaces de hacer la felicidad del hombre sensible y pensador: estos elementos son, amigo mio, *la filosofía, el amor y el campo.*»

Y tenia razon el ilustrado poeta; mas para ello es condicion indispensable ser sensible y pensador, y estas dos cualidades es difícil encontrarlas reunidas en el hombre.

Sin embargo, lo repito, mi amigo tenía razon. La filosofía, el amor y el campo, son indudablemente tres cosas capaces de hacer la felicidad del sér humano.

Filosofía.—Investigacion, anhelo de conocer, de penetrar la naturaleza; estudio de la creacion, del principio, del presente y del futuro del sér; sus relaciones con la causa y el efecto; el *nosce te ipsum* de la escuela Socrática; la sabiduria.

Amor.—Sentimiento universal de union; atraccion continua del sér al sér y del sér á Dios; felicidad, placer y bien.

Campo.—Naturaleza y libertad.

Un hombre sábio, bueno y libre, es un hombre feliz; pero.... dónde está ese hombre?.... Dejemos á la linterna de Diógenes el cuidado de buscarlo.

En estas agradables reflexiones conocí que mi amigo se habia olvidado de otro elemento indispensable para la felicidad del hombre en la tierra; del bello y sublime arte de la música que con sus

armoniosas melodías, con sus expresivos ritmos y encantadoras modulaciones conmueve las fibras de la sensibilidad, reflejando en el espiritu las más dulces emociones y despertando sus más delicados sentimientos.

Con ella, pues, sustituí al amor, pues aunque yo esperaba disfrutarlo, no podia por ningun concepto figurar en el programa.

Aquella noche, reunidos como de costumbre, presenté mi trabajo á la censura de la familia, y despues de leido por María, fué aprobado por unanimidad en todas sus partes, quedando decidido su exacto cumplimiento desde el siguiente dia.

Mi programa se reducia á fijar horas de lectura, música, paseo y estudios esperimentales de magnetismo y mediumnidad.

La lectura y la música animaron el primer dia al enfermo, quien comió con más apetito que de costumbre.

Llegó por fin la hora de paseo, y por iniciativa y empeño de X, salimos juntos María, su primita y yo, habiendo antes convenido no alargarnos más de lo que la estension del pequeño valle permitia, con el objeto de que desde la misma lonja de la casa pudieran avisarnos si alguna novedad acontecia.

El sol, rodeado de un bello cortejo de blancas y rosadas nubecillas cuyos remates festoneados de trasparante y encarnada luz parecian cintas de laton fundido, pugnaba por traspasar el horizonte y sepultarse tras las empinadas crestas de los inmediatos cerros.

Sus rayos, aunque ya debilitados por la oblicuidad, doraban la pradera, y penetrando por las rizadas aguas del arroyo alumbraban su limpio y arenoso caúce.

Algunos pajarillos lanzaban al espacio sus armoniosos cantos llamando á sus amantes compañeras como para anunciarles se acercaba la hora de tornar al amoroso nido.

Apenas habiamos cruzado el frondoso vallecito cuando ya el rey de la luz, el señor de los colores habia hundido su disco refulgente por detrás de las últimas colinas, y solo algunos rayos de sus pálidos flúidos herian los bordes de las cenicientas y aplomadas nubes....

Y allá en Oriente, cual ligera ráfaga morada se iba poco á poco estendiendo por el cielo el oscuro crespon de la tranquila y misteriosa noche.

El crepúsculo, esa transicion gradual de luz cuya riqueza en

tintas no es posible apreciar; esa hora poética destinada por la naturaleza á la meditacion, hora en que acuden á la mente todos los recuerdos de la vida, hora de verdad y de conciencia para el espíritu, y de encantadoras tristezas para el corazon, nos sorprendió de regreso hácia la casa.

La conversacion hasta entonces habia sido general é indiferente. Mi primera esperanza iba á ser frustrada.

Dímosle la vuelta al montecillo disponiéndonos á penetrar en la alameda, cuando un incidente tan feliz como imprevisto me proporcionó lo que buscaba.

Una bella mariposa de gran tamaño, adornadas sus alas de colores brillantes y vivísimos, vino revoleteando á posarse en el seno de María; la prima trata de aprisionarla entre sus manos, el lepidógtero vuela, la jóven corre ligera tras él, y María y yo quedamos solos contemplando de léjos aquella graciosa é infantil escena.

Ambos avanzamos aún algunos pasos y penetramos en la alameda.

Viendo mi amada que el empeño tenaz de la perseguidora la iba alejando de nosotros, y decidida á esperar el resultado de aquella inocente lucha, se sentó en un banco de piedra.

Yo la imité colocándome á su lado. Y comprendiendo que no habia tiempo que perder, inspirado por mi amor y alentado por mis deseos, la dije:

—María; esta alameda conserva para mí el recuerdo más grato y hermoso de mi vida: ella fué testigo mudo de mi felicidad y de mi asombro: entre su frondoso ramaje se extinguieron los dulces ecos, las bellas armonias de una voz adorada que con sus sabios y elocuentes consejos rasgó la oscura venda que á mi ofuscada inteligencia ocultaba la luz de la verdad, y con magníficas promesas sembró de deliciosas esperanzas mi apasionado y triste corazon.

¿Lo recuerda usted por ventura, amiga mia?

—Ignoro cuanto me está V. diciendo—respondió Maria con sencilla naturalidad.

—No es extraño; olvidaba que estuvo V. noctámbula durante nuestra misteriosa y extraordinaria entrevista, así como que el olvido es consecuencia inmediata de ese feliz y superior estado.

—Pero, ¿qué está V. diciendo?—me replicó con precipitacion.

—La verdad pura, María.

Usted, en esta misma alameda, sin más testigos que las tétricas sombras de la noche, con una de mis manos entre las suyas comunicándome el mágico calor de su preciosa vida, me hizo contemplar el estrellado cielo y escuchar la voz de los misterios presentes y futuros que mi alma hasta entonces ignoraba.

Usted, bella como el alba, esbelta como la palmera de Sion y pura como la sonrisa de los ángeles, me aseguró con voz firme y entonacion profunda, cual si brotase de inspirada pitonisa profetizando, que yo poseia el alma destinada á acompañar á la suya en sus escursiones especiales para admirar la creacion y estudiar sus divinas grandezas.

Usted, que leyendo en mi sér cual si fuese un espejo donde se reflejáran las idéas y sentimientos de mi alma, sorprendió el profundo amor que ocultaba en el fondo de mi pecho como la más estimada joya de mi atribulada existencia, temeroso de que algun terrible desengaño me lo arrebatara para siempre.

Sí, María; usted, á quien en mi insensato desvario tuve el inconcebible atrevimiento de suponerla loca ante sus sorprendentes manifestaciones, fué quien supo despertar en mi alma el deseo de la virtud, el anhelo del estudio y la esperanza de la felicidad con las últimas palabras que en aquella entrevista y en tono sentencioso pronunciaron sus inspirados lábios al despedirnos, y que fueron estas: «*Tú tienes el alma que yo buscaba: Conocerás primero la verdad; despues nos encontraremos; más tarde me seguirás.*»

María, que aunque sin gran sorpresa, me escuchaba con suma atencion como quien extraña el conocimiento de un relato que no recuerda, pero del que alguna débil intuicion le asegura su veracidad, no se atrevió á interrumpirme.

Su rostro en tanto palidecia tomando el puro blanco de la azucena, en tanto se acarminaba como si la flor del granado tiñera su cútis con su roja y aterciopelada tinta.

Sus ojos extremadamente abiertos y fijos en mis lábios, se humedecian y brillaban de vez en cuando.

Su respiracion, casi imperceptible y sostenida en algunos momentos, agitaba su seno con violencia en otros.

Yo, comprendiendo las distintas emociones que mi corto relato habian producido en su sér, intentaba proseguir creyendo favorable la ocasion; pero los gritos cercanos de la prima que alegre

por su triunfo y ligera cual una cervatilla corria hácia nosotros mostrándonos sus manos unidas y ahuecadas y diciendo: «aqui la tengo prisionera,» «ya no se escapará,» me detuvieron en mi propósito, y solo tuve tiempo para decirla:

Encantadora Maria; áun tengo mucho más que revelarla; pero ahora seria indiscreto; necesitamos para ello estar solos y sin testigos. Si usted fuera tan amable y condescendiente que accediera á mis deseos, le propondria un medio sencillo y seguro de tener una conferencia reservada.

—Ah!... si fuera posible—esclamó María levantándose y viendo que su prima se acercaba—tengo vivos deseos de conocer hasta en sus más minuciosos detalles ese extraño relato, que más que realidad parace la ilusion de un fantástico y bien coordinado sueño.

—Es muy fácil conserguirlo—la interrumpí.—Esta noche, una hora despues de recogernos, estaré por la parte del jardin junto á la reja de la biblioteca: allí la espero.

María no pudo contestarme.

Su jóven prima saltando de repente la cuneta de riego se encontró entre nosotros.

Rendida de cansancio se sentó en el banco de piedra, y empezó á referirnos todos los pormenores de la lucha con su alada é inocente prisionera.

Algunos minutos despues penetrábamos en la casa, encontrando á X contento y satisfecho.

Terminada la cena tuvimos un rato de estudios y ensayos medianimicos que ofrecieron muy imperfectos resultados, no pudiendo tener lugar los magnéticos por el estado de X que era el único magnetizador de entre nosotros.

María estaba pálida y pensativa.

Yo me encontraba impaciente.

Las once sonaron por fin en el antiguo péndulo, y dando por terminados los estudios, todos nos levantamos y cada cual se despidió para su habitacion.

Dirigí una mirada interrogatoria á María, y me correspondió con otra dulcísima en que pareció decirme: «hasta luego.»

Nunca se me figuraron más largas las horas que en aquella velada.

La impaciencia no me habia dejado un solo momento de tran-

quilidad; así fué, que el timbre de aquellas campanadas que siempre me molestaba por lo agudo y chillon, penetraron en mi cerebro como una dulce y cadenciosa melodía.

El amor todo lo embellece.

Aun no hacía un cuarto de hora que nos habíamos recogido, cuando ya me encontraba en la espaciosa lonja de la casa respirando el fresco y perfumado ambiente de la noche.

El cielo estaba sereno y claro.

Algunas ráfagas de vaporosas nubecillas blancas como vellones de finísima lana recorrían la azul llanura del éter, embelleciendo el horizonte con sus variadas y poéticas agrupaciones.

La luna, velada á veces por aquellas flotantes gasas mecidas blandamente por el céfiro nocturno, trasparentaba sus bordes tintándolos de sepia, y alguna que otra vez lanzaba hasta la tierra sus rayos plateados por entre los pequeños intersticios de las nubes.

¡Cuán serena y hermosa era la noche!...

Su tibia claridad bañaba los valles y los cerros con una vaguedad encantadora, indefinible.

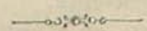
Las suaves brisas atravesando el bosquecillo llegaban hasta mí embalsamadas con el aroma arrebatado á las flores.

Aquella noche encerraba un tesoro inagotable de delicias para mi apasionado espíritu.

Porque una noche serena con su luna velada por las nubes, y contemplada desde un bello paisaje campestre aguardando la hora de ver á la mujer de nuestro amor, despierta en el alma los más voluptuosos encantos, y su delicada poesía arranca tiernísimos suspiros al corazon.

(*Se continuará*).

MANUEL GONZALEZ.



LOCOS Y SOÑADORES.

La lectura de los dos notables artículos, que con el epígrafe de *El magnetismo animal*, han visto la luz pública en los números 10 y 11 de la REVISTA DE ANDALUCÍA, suscritos por su ilustrado colaborador D. Manuel Casado, nos han inspirado estas líneas. No nos proponemos en ellas salir á la defensa de Mesmer ni de sus teorías,

Incompetentes, como nos reconocemos desde luego, para tratar esta árdua cuestion con la elevacion que creemos debe serlo y con la suma de datos que consideramos necesarios, dejamos esta tarea á los que con mejores armas puedan presentarse en la arena, sino con la seguridad de vencer, al menos con probabilidades de no ser vergozonsamente derrotados al primer encuentro, como nosotros lo seriamos. Nuestras aspiraciones se limitan á mucho menos. Humildes obreros de la ciencia somos: apenas si hemos entrado en el vestíbulo del templo donde la egregia Diosa se adora; pero desde él hemos podido recorrer con ávida mirada el interior del santuario, y aunque deslumbrados nuestros ojos por tanta magnificencia, hemos podido contemplar las puertas de oro que cierran los mil caminos que desde el sagrado recinto conducen al de la Inmortalidad. Pendientes de cadenas de esmeralda, símbolos de la esperanza, hemos visto las llaves de estas puertas sujetas á targetones escritos con letras de fuego. En uno de ellos creimos leer: «Electro medicina.» En otro «Orígen comun de la atraccion universal, de la Luz, del Calor, de la Electricidad y del Magnetismo;» y aunque algo confuso por la gran distancia á que nos encontrábamos, creimos distinguir tambien, y de la «Vida ó de la causa de existencia de los séres orgánicos.» No muy léjos se hallaba otro que llevaba escrito «Navegacion aereostática» y otro «Electro Magnetismo como Motor Industrial Universal» y sucesivamente vimos muchos más cuyos epigrafes no recordamos, ó que nuestra vista no alcanzó á descifrar.

Debajo de las llaves y próximos á las puertas, vimos grupos de hombres cuyos rostros revelaban en los unos el estado de sonambulismo, en los otros el delirio de la locura. Eran soñadores y dementes que pugnaban por apoderarse de las llaves, no faltando alguno que quisiera derribar las puertas, empuñando con vigorosa mano la palanca de la razon.

Nosotros los miramos con respeto y al contemplarlos, procuramos hacer el menor ruido posible: no por el temor de despertarlos, pues tenemos la conviccion de que nuestra voz no alcanza hasta ellos, sino porque esperamos que si llegan á despertar, las primeras palabras que salgan de sus lábios traerán tal vez á la humanidad un mundo de mejoras y de progreso, y queremos estar prontos para recogerlas.

Como ellos tambien, soñaba á mediados del siglo vx un jóven

marinero dentro de una pequeña barca que mecian suavemente las aguas del Golfo de Génova. La ciudad de los Dux, del mármol y del pórfido velaba su sueño, á la vez que reflejaba la imágen de sus mil suntuosos palacios en el inmenso cristal líquido que á sus pies se extiende, como una bella cortesana contempla en su espejo las gracias que posee. El jóven creyó ver aquella imágen desvanecerse poco á poco, trasformándose á la manera de un cuadro disolvente, en un mundo para él desconocido. Se levantó, soñando siempre, cogió su callado y emprendió una larga jornada. Tocó en Portugal; volvió á Génova; visitó la Francia, y por último reposó un momento á la sombra de los minaretes de la gentil Granada, de la hermosa sultana de Andalucia. Allí encontró otra cabeza soñadora, la de una mujer, y juntos siguieron soñando. Ni las carcajadas de la multitud que encontraba á su paso, ni el clamoreo de los sábios de la época, ni las mil espinas que punzaban su cuerpo en su larga peregrinacion pudieron sacarle de su sueño, que solo cesó cuando el cañon de la *Pinta* con su ronco estampido anunciaba á la Europa atónita que el loco, el soñador habia encontrado un nuevo mundo; á España que acababa de engarzar á su corona la joya más preciada, y á Isabel la Católica, que habia escrito en su historia una página que es la admiracion de las generaciones que la han sucedido.

Copérnico soñó tambien, y el Sol detuvo su carrera para verle despertar.

Sueña Galileo que su vista recorre los espacios planetarios y despierta con el Telescopio entre sus manos. La humanidad encierra al soñador, al loco, pero se apodera del aparato y con él estudia el infinito de la materia cósmica, dentro del Espacio infinito.

Más tarde un loco, Leibnitz, se empeña en suponer que partiendo del infinitamente pequeño puede hacerse dueño de la ciencia de la exactitud, de las matemáticas, y nos dá como fruto de sus locuras el *cálculo infinitesimal*, esto es, el infinito como base de la razon y del espiritu, puesto que llevó su extravío hasta el campo de la Metafísica.

Un tercer soñador, Wollaston, creyó ver mundos infinitos en la materia imperceptible, y no despertó hasta que la deformidad de las imágenes que le presentaba el microscopio vinieron á turbar su sueño.

Tres locos, tres visionarios, tres soñadores encontraron en poco más de dos siglos el infinito en la materia cósmica, el infinito en la materia microscópica y el infinito presidiendo al espíritu; presentando á la humanidad resuelto el problema de la trinidad infinita dentro de la unidad Infinita de Dios.

Sueña Newton que recorre los espacios celestes, que interroga á los astros sobre la causa de su movimiento, y despierta dándonos la ley de la gravitacion Universal.

Un sueño de Franklin aprisiona el rayo; y otro sueño de Volta le trasforma en dócil mensagero de nuestros pensamientos, á distancias inmensas. Fulton se duerme arrullado por el canto del líquido que hierve en la marmita, y despierta, despavorido al agudo sonido del silbato de la locomotora, que cruza los campos, y del buque que azota con sus paletas las aguas del Océano.

¡Cuánto soñador! ¡Cuánto loco sublime! Sin ellos ¿qué hubiera sido de la humanidad? ¿Cómo hubiera cumplido y seguiria cumpliendo la ley providencial del progreso?

Creemos que Mesmer y sus adeptos, no han sido ni son mas que unos de tantos soñadores. Pero por qué nos hemos de dar tanta prisa en despertarlos? Solo hace que se durmieron tres cuartos de siglos, que son en la vida de la humanidad menos que un suspiro en la vida de un sér. Además, treinta siglos duró el sueño desde que Josué mandó parar el Sol, hasta que Copérnico y Galileo le fijaron en el centro de nuestro sistema. Desde que se conoció la Electricidad hasta la telegrafía eléctrica han mediado muchos siglos, y no son menos los que han trascurrido desde los primeros experimentos sobre la fuerza espansiva del vapor, hasta que las locomotoras han venido con su civilizadora voz á interrumpir el silencio sepulcral de las entrañas de los montes, y á llenar de espanto á los habitantes de las selvas.

Hemos dicho y repetimos, que no es nuestro ánimo refutar los bien escritos artículos del Sr. Casado: asi solo nos permitiremos hacer sobre ellos algunas ligeras observaciones.

La opinion de la Academia de Francia respecto á Mesmer y su teoría, por mas que sea respetabilísima no es, al menos para nosotros, una prueba concluyente.

El dictámen de los centros científicos oficiales no siempre ha sido el mas acertado, y si Colon, Copérnico, Galileo, Newton, Fulton y otros mil pudieran abandonar sus tumbas para comparecer

en juicio, no quedaria muy bien parada la honra científica de los cuerpos de sábios colegiados. Los sábios de Salamanca rechazaron á Colon, los de Roma encerraron á Galileo, y la Academia francesa negó primero la ley de Newton que tuvo más tarde que aceptar, é informó desfavorablemente á Napoleon el Grande respecto al descubrimiento de Fulton. De aquí que, guardando á la Academia de Paris todo el respeto que por su ilustracion merece, no podamos aceptar como artículos de fé científica sus decisiones, sobre todo en asuntos de tanta trascendencia.

El no producirse los fenómenos del magnetismo animal en todos los casos que el experimentador desea, tampoco creemos pruebe mucho en contra de la realidad de ellos, teniendo en cuenta el estado en que su estudio se encuentra. El Sr. Casado sabe mucho mejor que nosotros, que la reproduccion de fenómenos referentes á las ciencias experimentales, exige la concurrencia de todos los elementos que han de engendrarlos, y que la falta del más insignificante es suficiente para que no se obtenga resultado. El magnetismo animal se encuentra hoy al estado naciente y no es extraño que no teniendo reglas fijas el experimentador, fracasen en muchos casos sus operaciones. Si antes de conocer la diferente conductibilidad de los cuerpos para la electricidad, se hubiera un físico propuesto electrizar una barra metálica teniéndola con la mano, ó hubiera querido cargar una máquina eléctrica en un dia lluvioso, nada hubiera conseguido, sin que por eso dejasen de ser ménos ciertas las propiedades de la electricidad, y aunque el fracaso lo hubieran presenciado todas las academias científicas del mundo juntas.

Una vez admitida la existencia del flúido Magnético animal, tampoco encontramos gran dificultad en admitir que su accion se egerza á través de los cuerpos y á distancias más ó menos grandes, fundando nuestra opinion en que el magnetismo mineral se trasmite por influencia á distancias más ó menos considerables y á través de todos los cuerpos, y la electricidad obra de la misma manera, si bien *hasta ahora* solo ciertas sustáncias *parece* le franquean voluntariamente el paso.

Para terminar diremos, que nosotros por desgracia no somos soñadores, pero amamos á esos hijos predilectos de la ciencia, que en medio de las tempestades humanas, saben encontrar un abrigo en la encantadora isla de las ilusiones científicas. Algunas veces,

cuando considerando á la humanidad viagera en el proceloso y agitado mar de la vida, vemos la nave que la conduce, rota la brújula que la religion le construyera y destrozado el timon de los lazos sociales, próxima á zozobrar á impulsos del furioso huracan levantado al soplo de las malas pasiones, buscamos en el horizonte preñado de densas y negras nubes un punto luminoso que pueda servirla de guia, y solo creemos encontrarlo en los destellos que se irradian del faro que magestuoso se levanta en la Isla de los *soñadores científicos*. Si entonces, si en aquel momento de suprema angustia suena en nuestro oido una voz por importante y autorizada que sea, que nos grita, «*iluso, visionario*, lo que contemplas es solo un fuego fátuo que se desvanecerá cuando te acerques á él.» no podemos menos de exclamar: sueño ó demencia, ilusion ó realidad, no me saqueis de él, pues en mi delirio veo á través de un prisma mágico al pié de aquella luz bendita, á los locos, á los soñadores, siendo las más firmes columnas que sostienen el trono de Dios.

FRANCISCO PEREZ BLANCA.

RELIGION.

Causa y efectós.

Número, peso y medida.

Esto es todo.

No es posible señalar un solo objeto aislado en el inmenso arsenal de la creacion: ni un solo hecho que no esté armónicamente relacionado, en la cantidad y modo requeridos.—Si tomamos al acaso un eslabon cualquiera de la infinita cadena, una yerba por ejemplo.

Un gérmen vegetal encarna en las entrañas de la tierra y produce yerba, mediante una corriente jugosa entre el almacen de la madre y aquella planta. Esta á su vez enjendra otra corriente gaseosa que le pone en comunicacion con la gran masa del aire atmosférico y otra fluídica con la luz solar. La luz está relacionada y en contacto con el sol: el sol con la nebulosa etc., etc..... Siempre relacion, corriente, dependencia siempre.....

Pero el gérmen de la yerba ocultaba una fuerza que, no por hallarse en estado latente, antes de encarnar, dejaba de poseér rela-

cion y dependencia de un Principio generador. Bien así como el agua estancada entre los bordes de un vaso conserva su virtud y propiedad latente, esencial, á correr por la ladera en virtud de la ley de gravedad, tan luego como los bordes que la contienen se rompen y le permiten ejercer su accion, y esta accion es una dependencia manifiesta de la ley.

Esto vemos: esto observamos: esto es científico y concluyente. Todo efecto está *esencialmente* relacionado con la causa que lo produce.

¿Pero y el hombre?

El hombre compuesto de espíritu y materia se halla íntimamente relacionado con la tierra y con el sol en todo lo concerniente á su cuerpo.

¿Y el espiritu del hombre? Ese gérmen de razon y sentimiento, ¿queda ya como coronacion ó vértice aislado de un organismo ó de una individualidad soberana?

Puede suceder que durante un período de enervacion, desconozca el hombre su relacion y dependencia del Principio Generador; como el agua estancada dentro del vaso desconoceria su relacion y dependencia del centro de la Tierra, si tuviera aptitud para conocer

Pero si quereis penetrar en la exactitud de los hechos, colocad al hombre en la situacion del agua vertida por la ruptura del vaso, y vereis instantáneamente manifiesta su dependencia y relacion. El agua busca instintivamente su centro: el espíritu buscará instintiva é invenciblemente á su creador. Vedle en presencia de un terremoto, bajo la punta de un puñal inesperado, en el instante que precede á su caida de una torre.

Dios mio!!!

Esta es la esplosion de aquella fuerza latente que entrañaba el espíritu: esta es la manifestacion de su dependencia: este el lazo *esencial* de ilusion con su creador.

Esas dos palabras significan un abismo insondable de sentimiento.

El espíritu presiente por intuicion que no puede equivocarse, que hay un poder superior á todo poder, y que ese poder llega hasta él, y hasta á las fuerzas que amenazan anonadarlo, y se refugia en los brazos del Poder absoluto, siguiendo una corriente desentimi nto esencial.

Pues bien: esa corriente de sentimiento que se establece instintivamente ó con deliberada voluntad entre la criatura y el creador, entre el espíritu del hombre y Dios, entre el sér efecto y el sér causa, entre la luz emanada y el Infinito centro emanador.

Esa corriente á través de la cual el hombre adora á Dios, y el hijo al Amantísimo Padre de la vida.

Á través de la cual le dá gracias por los beneficios de que le ha rodeado, ó le pide la aproximacion de idéas claras y efectos generosos para asimilárselos, esa corriente conductora de los deseos y de los temores, de la súplica y de las satisfacciones del espíritu: esa corriente que cada dia se ensancha, y por la cual vamos de cada dia dando á Dios mayor posesion de nuestro sér: esa corriente es el lazo *esencial* entre el efecto y la Causa.—La forma de esa corriente es la forma natural de la religion.

—Los afectos en actividad á través de esa corriente: los enamoramientos y arrobos de la criatura son la esencia de la religion.

Cualquiera otra forma podrá ser la espresion del mayor ó menor atraso intelectual y moral de un pueblo, de una generacion, de un siglo; pero no será la forma esencial de la religion.

¿Qué puede importar que el hombre esté vestido de pantalon y chaqueta ó de casulla y balandran, para relacionarse con Dios? Qué importa que se dé golpes de pecho, ni que haga signos y más signos esteriores, ni que esté de pié ni de rodillas?

Lo que importa no es que el acto religioso se ejerza en la plaza, en la alcoba ó en el templo; en las grandes crísis de la vida, en las horas periódicas del dormir y despertar, ó en las de comun acuerdo para inflamar nuestros corazones y aumentar la intensidad de nuestros sentimientos con el contacto del de nuestros hermanos, en colectividad. Lo que importa no es la hora, ni el lugar ni los signos esteriores que podrán alguna vez manifestar el estado del ánimo. Lo que importa sí, y lo que es esencial en religion, es la mayor concentracion del espíritu, la mayor sinceridad y trasparencia de sentimiento para elevarse en adoracion al Creador en esa fluídica columna nutrida de amor, que le enlaza á El: en la que, el hombre le presenta en ofrenda su pobre corazon lacerado y doliente por el contacto de las impurezas, de las injusticias y de las miserias de la vida, y El hace descender los consulos de la esperanza y las tranquilizadoras satisfacciones de la conciencia, en cambio feliz, que constituye la actividad religiosa.

Por lo demás, el espíritu cuando ora, está siempre humillado; cualquiera que sea la posicion del cuerpo en que se anida. Porque el espíritu siente su pequeñez ante la Magestad sin medida.

En resúmen: la religion, es esencial en el hombre como la inteligencia y la libertad, si bien tardan más ó ménos en manifestarse y perfeccionarse estos atributos especiales del sér.

Como la práctica de la moral evangélica está íntima y esencialmente enlazada con la religion, podremos tratar en otro dia el punto de la Sana moral, ó de la relacion de las criaturas entre sí bajo el mismo criterio que nos ha servido en el presente artículo.

JUAN MARIN Y CONTRERAS.

ESTUDIOS DE METAFÍSICA.

DIOS.

I.

Existen en filosofía cuestiones tan importantes y trascendentales, sin solucion fija, siquiera se considerase transitoria, que el espíritu investigador fluctúa entre las variadas opiniones sustentadas por sábios adeptos de las diversas escuelas. Estos, atendiendo más que á universalizar sus teorías á concordarlas con el sistema que defienden, se apartan unas veces de la recta razon, rinden otras tributo á las preocupaciones, y todas, por lo general, desdeñan la sencillez de lenguaje más susceptible de perfecta comprension en sus metafísicas esplicaciones.

Tales procedimientos, léjos de inclinar el ánimo al estudio, fatigan la inteligencia y conducen al hombre al abandono, causa eficiente del indiferentismo estacionario que corroe el corazon de las modernas sociedades.

La primera circunstancia que á la realizacion de todo trabajo en busca de la verdad debe presidir, si se quiere hacerlo útil y provechoso, es la imparcialidad; á ésta no debe nunca abandonarle el valor. Con la primera se discurre libremente; el segundo destruye la pusilanimidad y arranca de raiz el sistematismo de dar abrigo á creencias falsas y erróneas sin otra escusa ni razon que

el vicio de la costumbre. Mas no se crea que si con tan favorables condiciones contára el espíritu, alcanzaria una victoria completa en el conocimiento de la verdad, no; existirá siempre ante el pequeño grado de nuestra más elevada grandeza, un punto culminante inaccesible á nuestras miradas, punto que es el perpétuo escitante de la curiosidad, el alimento del deseo y el faro de la esperanza.

Y no se llame *vana presuncion* á la valentía del sentimiento cuando impulsado por una natural necesidad lance á la inteligencia á empresas atrevidas y á tentativas audaces, que en tan nobles empresas estriva la verdadera necesidad del sér, puesto que en ellas cumple su destino realizándose en la perfeccion y obedeciendo á la ley. Porque si la filosofía se ha creado para llenar la aspiracion del hombre en el conocimiento universal, y se define por *la ciencia de los primeros principios y de las causas primeras; de las razones últimas y supremas de las cosas,* no puede calificarse de osadía, ni presuncion, ni atrevimiento, el tratar de conocer, hasta dónde la fuerza de la razon alcance, las más árduas cuestiones y más elevados objetos, no sobre la esencia de lo que es, sino del *modo* y del *por qué* de cómo la esencia és.

Dios es *el Principio de los principios, la Causa de las causas, la Razon de las razones de las cosas:* luego la ciencia de Dios, la *Teodicea*, debe ser el principal objeto de las operaciones de la inteligencia humana, después que, iniciada en la *Psicologia* y la *Lógica*, haya referido las ciencias á un fin comun, por medio de la comprobacion legítima en los procedimientos, para venir á condensarlas en un conjunto unitario que represente el Principio, la Causa y la Razon del Sér de todo lo que es. De esta investigacion sintética nacida del análisis, indudablemente surgirán nuevos y vastos conocimientos que, aplicados á los efectos de dependencia, podrán darnos la llave de las manifestaciones, de los fenómenos y los fines de donde poder, con más profundo motivo y mayor exactitud, inferir el sér, la sustancia y la causa, en un órden contrario al seguido en nuestros primeros elementales estudios.

Por el conocimiento del efecto, se viene al conocimiento de la causa: esto es lo más racional y conveniente dada la limitacion del humano entendimiento; pero como el efecto no nos es dable conocerlo en toda su estension, jamás conoceremos á la causa más de lo que conozcamos al efecto. Sin embargo, es necesario, relacio-

nar ambos conocimientos. Del estudio del efecto, se ha extraviado la verdadera razon de la causa; procedamos al estudio de la Causa, por si de esta manera perfeccionamos el conocimiento del efecto, y nos dá nueva y más intensa luz sobre su procedencia y origen. Alternemos en el método de investigacion hasta relacionar los resultados; marchemos de la parte al todo para adquirir conocimientos, y del todo á la parte para perfeccionarlos.

II.

Sentemos un principio y discutámoslo:

«Dios es dualidad esencial sintetizada, constitutiva del Todo, no Ser esencialmente idéntico en su infinita estension.»

Esta proposicion es para nosotros rigorosamente exacta y sostenible. Es mas, sin su aceptacion no comprendemos ni las leyes universales ni las funciones de la naturaleza. Con ellas se mantienen ilesos los atributos concedidos á la divinidad. La *perfeccion absoluta* y el *infinito esencial* quedan en todo su vigor. La multiplicidad en la unidad, existe como lo relativo en lo absoluto. Ni la limitacion sustancial, ni la sucesion séria, ni la mutabilidad progresiva, ninguna, en fin, de las consecuencias que las nociones de tiempo, espacio y modo, implican, destruye, como pudiera á primera vista suponerse, nuestra tésis, porque siendo propias y exclusivas condiciones de la finitud, en nada pueden afectar á la unidad del Todo. Sin embargo, y como la fuerza de este razonamiento pudiera pasar desapercibida por su misma sencillez, tocaremos dichas *supuestas* dificultades, únicas presentables aunque de valor ficticio, para dilucidarlas separadamente.

(Se concluirá.)

VARIEDADES.

LUCIFER, SATANAS Y MEFISTÓFELES.

CRÓQUIS LITERARIO

POR BENITO MAS Y PRAT.

I.

Hay relaciones preciosas entre las obras de los grandes hombres, que pasan desapercibidas para el profano, pero que se descubren al pensador como los anillos de esa cadena infinita que une las creaciones del genio á través de los siglos.

Un trozo de los mármoles de Fidias, hallado en el museo de Médicis por Miguel Ángel, hace brotar el Moisés ó los bustos de César; algunas líneas, borradas por el tiempo en las tablas de Apeles, dán á Rafael los contornos de sus bellas Madonnas; un solo eco de la lira de Homero, llevado á Roma por las brisas de Grecia, despierta los héroes de la Eneida; el alfiler de oro que atravesó la lengua de Ciceron, alcanzaba á la vez la de Demóstenes. Parece que la armonia de las grandes obras se trasmite de genio en genio y de siglo en siglo, como la voz de las sirenas se repetia de playa en playa, á través de los más apartados escollos. Mas no es exacta la comparacion; asi como el ritmo compuesto por notas idénticas, varía hasta el infinito por las distintas combinaciones de éstas, un pensamiento, una imágen, una estátua, una creacion cualquiera, inspirada por otra que se le asemeje, sólo debe recordar á aquella de que emana, en uno ó mas detalles; pues de otra manera, la originalidad degeneraria en la simple y servil imitacion, patrimonio exclusivo de las vulgaridades.

Estudiemos algunas de esas infinitas relaciones, comparando una personificacion comun á tres de los más famosos poetas; la del genio del mal, presentada en los célebres poemas de Dante, Milton y Goethe.

Objeto ha sido el origen del mal, sobre la tierra, de controversias infinitas desde los tiempos más remotos, y en vano atrevidos teólogos y filósofos razonadores han procurado compaginar y reducir á doctrina las nociones primitivas de tan extraño asunto.

Las antiguas hojas de Menfis y los libros asiáticos que guardan las más rancias tradiciones de las edades que pasaron, señalan,

como punto de partida en sus múltiples teogonías, dos principios opuestos que se disputan el imperio del mundo; el creador y el destructor; el bien y el mal, la luz y las tinieblas.

Aunque la religion verdaderamente dualista sea la profesada por los persas, las doctrinas de Zoroastro se encuentran diseminadas y repetidas en los demás textos sagrados, y basta un ligero exámen de algunos de sus mitos y personificaciones para encontrar en ellos la idéa generatriz que presidió al Zend-avesta.

Recorriendo el Egipto, esa antigua civilizacion, sombría como sus santuarios, inmóvil como sus pirámides é indescifrable como sus geroglíficos, hallarémos personificado, quizás por primera vez, el misterioso dualismo.

Osiris, fundador de la ciudad de las cien puertas, cuyas estátuas, animadas de un soplo divino, saludaban la naciente aurora, es el principio de conservacion, de órden, de luz: Tifon, el genio rebelado y sombrío que lucha con su generoso hermano, y que presenta á éste, cubierto de púrpura, el ataud en que ha de arrojarlo al Nilo, es el principio de la destruccion, del mal, de las tinieblas.

Las circunstancias que siguen y anteceden á la muerte de Osiris y al triunfo periódico de Tifon, dán márgen á creer, con Dupuis, que el orígen de este mito no es más que una ingeniosa fábula astronómica; consecuencia que no vá descaminada, atendiendo á que uno de los fenómenos más sensibles al organismo humano, en los tiempos primitivos, fué la sucesion del dia y de la noche.

Hojeando los Vedas, nos hallamos con la trimourti de los brahmanes, en la cual Visnou y Siva hacen igual oficio que los anteriores, aunque en realidad el genio Siva, de la India, sea más mefistofélico que satánico. Tambien allí, como en todo el mundo conocido, los genios buenos y malos, los espíritus puros ó impuros, formaban la córte de ámbas divinidades antagonistas, alimentando el fervor de los fieles y coronando los pórticos de las pagodas bajo formas extrañas.

Mas donde, sin duda, está llevada la teoría á su plenitud de accion, es en los libros de Zoroastro. El Zend-avesta ó libro del fuego, no es más que una colosal epopeya en que Ormuzd y Abrimanes libran perpétua batalla en el dilatado campo del tiempo; cúbrese el uno con las brillantes armas del Mater griego, mientras el otro viste la negra armadura templada en las sombrías

aguas del Cocito. Las legiones del primero son los *Izeds*, en cuyos escudos brillan los astros; las del segundo los Devs, engendrados por éste en las sombras y armados con las antorchas pálidas de infierno.

En los libros hebráicos y en las teogonias greco-romanas del politeismo, hallarémos idénticas ó parecidas personificaciones; y á ser nuestro objeto señalar un orígen comun á cuantas se le asemejan, de seguro tendriamos suficiente copia de datos para conseguirlo.

El Loke de los escadinavos, el Ti-kang de los chinos, el Pluton de los griegos y el Lucifer de los hebreos, tienen tan infinitos puntos de contacto, que bien pudieran fundirse en uno solo, que fuese á la vez hermano gemelo de Tifon y Siva y Abrimanes.

El hombre se halla predispuesto á lo maravilloso. La imaginacion influye tan poderosamente en nuestras resoluciones, que sin que ésta tome parte, con dificultad se harán creyentes ni anacoretas. En los primeros tiempos, sometido el género humano á todos los azares de la ignorancia, se doblegaba ante fantásticos mitos; y las creencias religiosas, extraviándose con las costumbres de los pueblos, perdian su orígen primivo, conservando únicamente la parte prodigiosa ó acomodaticia. Este es, sin duda, el motivo de la brillantez del culto politeista, religion que á lo maravilloso de sus creencias, unia la libertad de costumbres; y cuyos detalles podemos estudiar en los misterios de Céres y en las voluptuosas fiestas de Vénus Afrodita.

En general, los dioses infernales tuvieron siempre gran prestigio sobre el vulgo, y esta extraña veneracion perpetuóse hasta la Edad media, desde las más remotas edades.

Las brujas, los trasgos y los espíritus malignos llenaron en la Edad de hierro las más oscuras y dilatadas páginas; una hoja de aquel libro tenebroso es la *Divina Comedia* de Dante.

En aquel poema extraño, de cuyos círculos infernales brotan los horrores de la condenacion eterna, simbolizó Dante las creencias y preocupaciones de su siglo, legando á los venideros, para gloria suya y admiracion de las generaciones, aquel cuadro, grande como la eternidad y tenebroso como el cáos.

II.

¡El Infierno! ¡Hé aquí la palabra fatídica del siglo XIII! Sus

tinieblas perpétuas, sus rocas descarnadas y puntiagudas, sus llamas desoladoras que, á semejanza del fuego de Vesta, no debian apagarse jamás; la terrible cohorte de ministros de Lucifer, arrastrando las almas á sus hirvientes hornillos con diabólica barahunda; los gritos de angustia de las víctimas, las imprecaciones de los relapsos y las carcajadas de los verdugos; todo esto flotaba en la atmósfera de aquellos tiempos, y era como la pesadilla popular. La idea de un tormento sin tregua en la eternidad del abismo, es, sin disputa, tenebrosamente grande, y no ménos era necesario para preocupar el ánimo en aquel nebuloso período.

Otra idea se unió tambien á la del Infierno, en los dogmas escolásticos, alcanzando más tarde la primacía; ésta fué la del Purgatorio. Puente tendido como el Cinérad entre la tierra y el cielo, infierno de transicion, de cuyas flamígeras hogueras se levanta el pecador para ascender á la gloria, no es más que el crisol donde se purifica el alma para alcanzar la beatitud. Terrible como la última prueba, pero finito al cabo, dejaba al espíritu ese dón inapreciable que se llama esperanza, cuyo sagrado depósito habia que abandonar á las puertas de la *Ciudad del Llanto*.

El Diablo era muy conocido entre las gentes del siglo décimotercio. En los altares de sus templos, en los retablos de sus calles y hasta en las encrucijadas de sus montañas se veian conmemoradas sus fechorías. Tablas representando las tentaciones de los santos, le pintaban de cuerpo entero, velloso, de estatura colosal, de piel áspera y abigarrada, ojos encendidos como brasas, y retorcidos apéndices.

Cuando á la hora del crepúsculo cruzaba el viajero los poéticos valles del Arno, cuyas puestas de sol tienen solo gemelas en Andalucía; internándose por sus deliciosos senderos, en cuyas encrucijadas, á guisa de dioses términos, se elevaba un altar de ánimas ó un victorioso San Miguel; apercibiendo la oscilacion del farolillo que le alumbraba, y viendo las sombras de los montes caer como medrosos sudarios sobre los prados de violas; santiguábase sobresaltado, y extendiendo la diestra hasta el altarillo en actitud religiosa, creia ver distintamente al rey de las tinieblas, que huia de la señal de la cruz, retirándose hácia sus dominios.

Por idénticas preocupaciones, cuando á la oracion de la noche cruzaba Dante, envuelto en su tabardo, por las calles de Florencia, las supersticiosas hijas del Arno se escalonaban á su paso, mirándole de hito en hito con profundo terror, y balbuceaban estas palabras, oprimiéndose unas con otras, como temerosas corderas:

—¡Hé allí el viajero del Infierno! Su barba está quemada por los fuegos eternos; su piel ennegrecida por el humo; los surcos del precito están grabados sobre su frente.

En efecto, sobre aquel rostro enjuto y descolorido parecía leerse distintamente su terrible *Lasciate ogni speranza*.

Dante no inventó nada; su poema estaba en su siglo; él, como Homero, dió forma y vida á las creencias populares, y embelleciendo lo que tocaba, como todo grande hombre, dejó á la Italia un monumento imperecedero. La personificacion de Lucifer no es, por tanto, más que un traslado del mito popular del Demonio, cuyo original pululaba en los retablos y templos con toda su deforme grandeza.

El papel de Lucifer, en el poema que nos ocupa, es secundario; ni estriba en él la máquina de la obra, ni deja de ser más que una de las grandes sombras que el poeta hace desfilar á nuestros ojos. Después de describirlo, pasa rápidamente sin volver á ocuparse de él; y así como han desaparecido las bellas imágenes de Francesca y Paolo, tras las distintas ficciones de los postreros círculos del *Infierno*, el mónstruo se desvanece á su vez con el primer cántico del *Purgatorio*.

Hé aquí como describe el poeta á Lucifer, después de atravesar aquel sitio del abismo, en que las sombras, cubiertas de hielo, se trasparentaban como el heno en el vidrio.

«El rey del doloroso reino salía fuera del hielo desde la mitad del pecho: mi estatura era más proporcionada á la de un gigante que la de uno de éstos á la longitud de los brazos de Lucifer; juzga, pues, cuál debia ser el todo que á semejante parte iba unido. Si fué tan bello como deforme es hoy y osó levantar sus ojos hácia su Hacedor, de él debe proceder, sin duda, todo mal. ¡Oh! qué asombro me causó cuando vi que tenia tres caras en su cabeza: una delante que era encarnada; las otras que dos se unian á ésta se elevaban desde el medio del hombro yendo á reunirse á la parte superior de

la cabeza. El rostro de la derecha parecia blanco y amarillo: el de la izquierda era como el de los que proceden del país por donde corre el Nilo. Por debajo de cada una de estas cabezas salian dos grandes álas proporcionadas á semejante pájaro, y tan grandes, que no he visto ninguna vela de buque que pudiese compararseles; no tenian plumas, sino que se parecian á las del murciélago, y cuando las agitaba, producía tres vientos diferentes.

»El Cocyto estaba todo helado en derredor suyo; por sus seis ojos derramaba lágrimas, que corrian por sus tres barbas mezcladas de sanguinolenta baba. Con los dientes de cada boca trituraba un pecador, como esos aparatos que machacan el lino, de suerte que hacia á la vez tres desgraciados. Los mordiscos que sufria el de delante no eran nada en comparacion de las heridas que le causaba Lucifer con sus garras, heridas que á veces arrancaban la piel sobre los riñones dejándolos en descubierto.»

Completan la anterior pintura los suplicios de Júdas, Bruto y Casio, los cuales ocupan cada cuál una de las tres bocas del ángel caido; y la extravagante ascension de Dante y Virgilio que, sirviéndose como de escala de las cerdas de Lucifer, salen del abismo, volviendo á ver, con la ansiedad del que está privado de la luz, el delicioso brillo de las estrellas.

Inútil es notar en la pintura que antecede la analogía que guarda con las creencias de la época, y hasta con las preocupaciones propias del poeta.

Dante hubiera podido hacer de Lucifer un personaje como el de Milton, que además de contribuir poderosamente al desarrollo de la accion fuese una verdadera creacion poética; pero obrando así, no hubiese sido el fiel intérprete de su siglo y se hubiera empequeñecido. Este informe génio, sumergido en el Cocyto como los grandes paquidermos antidiluvianos en sus cenagosas lagunas; desprovisto por completo de la belleza por el rigor de la venganza celeste, representa la naturaleza en su primera evolucion embrionaria, la moral social apegada aún á las prácticas bárbaras de los primeros siglos, la razon filosófica postrada é inmóvil en el accéano de las preocupaciones.

(Se continuará.)

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE ARIZA Y RUIZ, ROSARIO NUM. 1.